

La herencia del franquismo

ANTONIO PAPEL

LOS sociólogos políticos –hay textos antológicos de Dowse y Land Hugues y de Duverger– han estudiando profundamente el fenómeno de la socialización o de la aculturación políticas: las gentes se imbuyen en general de los valores políticamente dominantes, y existe una fuerte inercia negativa a cambiar estas *representaciones colectivas*. La evolución de las creencias sociales es, pues, inexorablemente lenta.

Viene esto a cuenta de unas acertadas declaraciones que el historiador Juan Pablo Fusi ha hecho al catedrático y ensayista Ramón Cotarelo, en las que aquél, preguntado sobre si cree que hay en el régimen actual herencias del franquismo, responde lo siguiente (perdón por la longitud de la cita): «Las herencias no están en cuestiones ideológicas o institucionales, sino en ciertas percepciones de la política. Por ejemplo, la tentación de *absolutizar* el poder y la insensibilidad ante cuestiones elementales de la cultura democrática. Es difícil de probar empíricamente, pero en España hay una tendencia a ocupar todo el poder (refrendada por las urnas desde 1982), como se ve en la ocupación de medios de comunicación, del poder económico, etcétera. Hay también una excesiva dependencia de la sociedad frente al poder político, una debilidad de la *sociedad civil*. En tercer lugar y en línea con lo anterior, un escaso sentido de la responsabilidad individual respecto a la vida pública».

No sería justo radicalizar esta opinión, cuyo contexto reconoce que se ha avanzado mucho desde 1975 hasta aquí. Sin embargo, se echa en falta una sustantiva liberalización social, que ha de manifes-



tarse sobre todo mediante una mayor autonomía de la sociedad civil, hoy francamente reacia a participar en la vida pública –son significativas las bajas cifras de afiliación a partidos y sindicatos– y a organizarse espontáneamente en instituciones intermedias, plenamente desvinculadas del poder político y capaces de asumir tareas de índole colectiva diferenciadas de las del sector público.

La responsabilidad de esta situación de pasividad social –reflejo claramente franquista, porque es

propia de un régimen dirigido con mano autoritaria, que no da oportunidades a la autodeterminación social– no es en modo alguno abstracta: corresponde a dos grandes sectores sociales, que son los formados por los políticos y los intelectuales.

La clase política, que durante la transición incluyó a innumerables personalidades de relieve, ha descendido en calidad y en prestigio, en parte por las limitaciones del sistema –especialmente preocupado por dar protagonismo a los par-

tidos políticos y no a las individualidades–, en parte por inhibición de los líderes indiscutibles que tendrían obligación de estimular la preocupación cívica, de abrir las organizaciones de participación, de implicar al cuerpo social en las empresas colectivas.

Y la clase intelectual no ha estado a la altura de las circunstancias. Sea por falta de tradición crítica, sea por un exceso de espíritu acomodaticio, no hace falta ser un lince para advertir que, además de una escasez notoria de intelectuales –entendiendo por tales a los personajes independientes, con un saber generalista, dispuestos a innovar la sociedad–, ha existido una captación de la inteligencia por el poder político, lo que ha derivado en la *domesticación* de las voces discordantes. Por añadidura, y como reconoce el propio Fusi en la mencionada entrevista, la Universidad, como institución, no tiene impacto alguno en la sociedad.

En estas circunstancias, el diagnóstico del historiador se hace especialmente preocupante: tenemos una democracia asentada, indiscutiblemente, pero anodina y gris, escasamente vertebrada, falta de iniciativas, alejada de los problemas reales, poco participativa y dudosamente conectada con los valores colectivos.

Parece evidente que no es esta la situación ideal. Y, aunque no es extraño que nos ocurra lo que nos sucede tras tantos años de dictadura, parecería lógico que todos hicieramos un esfuerzo, en la medida de nuestras fuerzas, por cambiar las cosas. Por acentuar el sentido último de nuestro grandioso régimen de libertades.

Diferencias

ANDRÉS ABERASTURI

CUALQUIER comparación resulta generalmente odiosa y si lo que se comparan son magnitudes de guerras, números de muertos, posibilidades jurídicas para bombardear o ser bombardeado, la comparación es algo más que odiosa, es deplorable y hasta inmoral.

Vuelve la polémica sobre nuestra humilde participación en el holocausto de Sarajevo y, en contra de lo que opinaba yo mismo sobre la guerra del Golfo, me parece que nuestro país no sólo debe contribuir en busca de una paz para Europa sino que todo lo que ahora se hace, debería haberse hecho hace ya muchos meses.

La guerra del Golfo fue, para empezar, eso:

una guerra del mundo contra Irak en la que, de entrada, lo que se trataba de defender ante un acto impresionante de agresión por parte de Saddam, era el petróleo de un país amigo de Occidente. La ocupación de Kuwait fue en sí misma tan aberrante como el expansionismo sionista; pero Occidente está con Israel y aunque las mismas condenas están escritas en la ONU contra Irak que contra el estado de Israel, al primero se le hizo la guerra por motivos económicos y al segundo se le conceden los créditos necesarios para que siga usurpando tierras a los palestinos.

Lo de Sarajevo es una guerra civil de todos contra uno en el mismo corazón de Europa, en

el que una serie de incontrolados/controlados se dedican a masacrar a unos pocos ciudadanos. Aquí lo que debería haber funcionado desde el principio es la solidaridad de Europa sin pretensiones económicas o petrolíferas. Y es en lo que ahora estamos aunque ya no lo tengo tan claro.

Las polémicas sobre si España debe participar en ese bloqueo para acabar con ese holocausto, son las herencias de un pasado vergonzante: yo sigo sin saber si estamos o no del todo en la OTAN, sigo sin saber la UEO tiene capacidad jurídica para mandar bloqueos o declarar guerras. Que nos lo expliquen todo despacio y luego ya hablaremos.

La fragata

MANUEL ALCANTARA

LOS partidos políticos suelen discrepar cuando se tratan asuntos terrestres, pero están siempre de acuerdo en los marítimos. Se nota que eso de estar económicamente con el agua al cuello une mucho. No hay nada mejor para lograr la unanimidad que mandar nuestras naves a luchar contra los elementos –menudo elemento Hussein, que ahí sigue– o a contribuir al embargo contra Serbia. Nada más hacerse a la mar la fragata española, todos los partidos se han hecho lenguas pidiendo a coro que sean profesionales y no soldaditos de reemplazo los que participen en el bloqueo. Nadie quiere *amateurs* en el Adriático. La guerra para quien la trabaja.

La aguerrida tripulación de Lepanto la forman hoy una especie de vigilantes jurados

El ministro señor Solana ha afirmado que no existe motivo de preocupación, ya que nuestro navío se limitará a una labor de vigilancia. Quiere decir que él no está preocupado, pero que quizás puedan estarlo las madres de los marineros. Fernando Savater nos recuerda que España no está en la OTAN por fidelidad abstracta a los valores políticos de Occidente, sino por ajenas presiones. Afortunadamente, nuestro papel no es muy lucido. La aguerrida tripulación de Lepanto la forman hoy una especie de vigilantes jurados. Es curioso que todos los partidos suspiren por combatientes mercenarios cuando se sospecha que puede haber combate y no antes.

Conviene recordar que el servicio militar obligatorio fue una conquista de la izquierda de la necesaria izquierda real, no de la gratuita izquierda verbal que ahora nos gastamos y que antes se delegaba el honor de servir a la patria. Mediante algo que se llamó cuota, los ricos demostraban su amor a España permitiendo que los pobres dieran por ella hasta la última gota de su sangre.

No hay que temer por nadie que no sea croata. Ninguno de nuestros marineros va a ser herido en la mano izquierda, para mayor gloria de la diestra. Estamos ante la más pequeña ocasión que vieron los siglos.

Las Frases

«Hemos avanzado y ahora los países iberoamericanos «tienen derecho a pedirnos ayuda»

JAVIER SOLANA
Ministro de Exteriores

«La fragata incluirá soldados de reemplazo para garantizar la eficacia de la misión»

NARCIS SERRA
Vicepresidente del Gobierno

«Una intervención militar en Yugoslavia lo único que haría es agravar las cosas»

CARLOS WESTENDORP
Secretario de Estado para la CE

«Es imbatible en la contrarreloj y en la montaña sube bien, ¿dónde le puedo ganar?»

GIANNI BUGNO
Ciclista

Zulet

HOSPITAL

TAL

